

VIOLENCIA SISTÉMICA EN TIEMPOS POSTPANDEMICOS

SYSTEMIC VIOLENCE IN POST-PANDEMIC TIMES

Linda Romero Orduña

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla. Puebla, México

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-6299-7764>
linda.orduana@correo.buap.mx

Recibido: 03 de noviembre de 2022

Aceptado: 01 de febrero de 2023

RESUMEN

El objetivo de este texto es reflexionar cómo la reciente pandemia por Covid-19 puso de manifiesto nuestra fragilidad como humanidad para enfrentar una catástrofe sanitaria de tales magnitudes debido a que estamos subordinados a un sistema global que no puede asegurar las condiciones necesarias de reproducción de la vida, tanto social como natural. Además, para este sistema la muerte se ha convertido en negocio y la naturaleza ha sido brutalmente violentada y reducida a la forma mercancía, es decir, a un mero objeto. Es así que en este escrito me propongo argumentar de manera general cómo el sistema genera una temporalidad de violencia, destrucción y muerte, y por qué la pandemia ha sido un fenómeno de características biológicas y sociales que debiera entenderse como manifestación de dicha temporalidad. Asimismo, deseo señalar que las medidas de carácter biopolítico y tecnológico que el sistema emplea como respuesta, lejos de atacar las causas profundas de la crisis tienden

a reforzar a la forma mercancía de las relaciones sociales y a la temporalidad catastrófica inherente a dicha forma. Entonces, podríamos concluir que ¿realmente estamos frente a una “nueva normalidad” o simplemente se trata de una continuación exacerbada y más evidente del orden político y social ya existente?

Palabras clave: Violencia, dominación, pandemia, nueva normalidad, crisis.

ABSTRACT

The purpose of this text is to analyze how the recent Covid-19 pandemic revealed our fragility as humanity to face a health catastrophe of such magnitudes because we are subordinated to a global system that cannot ensure the necessary conditions for the reproduction of the life, social and natural. In addition, for this system the death has become a business and the nature has been brutally violated and reduced to merchandise, that is, to a mere object. Thus, in this paper I intend to argue in a general way how the system generates a temporality of violence, destruction and death, and why the pandemic has been a phenomenon with biological and social characteristics that should be understood as a manifestation of that temporality. Likewise, I would like to point out that the measures of a biopolitical and technological nature that the system employs as a response, far from attacking the root causes of the crisis, tend to reinforce the commodity form of social relations and the catastrophic temporality inherent in that form. So, we could conclude that are we really facing a “new normality” or is it simply an exacerbated and more evident continuation of the existing political and social order?

Keywords: Violence, domination, pandemic, new normality, crisis.

INTRODUCCIÓN

Hemos atravesado tiempos difíciles como humanidad desde aquel 31 de diciembre de 2019 cuando en Wuhan, China se reportaron 26 casos de una neumonía cuya etiología era desconocida y cuyo agente viral sería identificado hasta el 7 de enero de 2020 y nombrado como SARS-CoV-2. Pero en México, nos adentramos en tal

crisis pandémica después del 27 de febrero de 2020, fecha en que se reportó el primer caso (Suárez *et al.*, 2020). Nuevas oleadas secuenciadas de contagios y muertes arribaron y nos confirmaron la gravedad de esta crisis que nos mantuvo en el confinamiento por dos años.

Durante este tiempo, aprendimos a adaptarnos a una situación de emergencia mundial que revelaba con crudeza una violencia estructural donde no todas las familias podrían hacerle frente a dichas circunstancias con los mismos recursos y oportunidades. Esta pandemia puso de manifiesto nuestra fragilidad como humanidad para enfrentar una catástrofe de tales magnitudes debido a que estamos subordinados a un sistema global que no puede asegurar las condiciones necesarias de reproducción de la vida, tanto social como natural.

La creación y aplicación de las vacunas contra Covid-19, así como la disminución de contagiados y muertes, han contribuido a ponerle fin al confinamiento y a regresar gradualmente a nuestras actividades presenciales. Pareciera que por fin la tormenta pasó, y llegó la “calma” anunciada como nueva normalidad. Estamos frente a una nueva normalidad construida sobre el predominio del dato cuantitativo como determinante de la percepción de la realidad: Los números nos dijeron que ya no hay muertes por COVID-19, que los contagios siguen disminuyendo mientras que el número de personas vacunadas con dosis de refuerzo sigue aumentando. Han sido las cifras estadísticas las que nos han hecho volver a sentir seguros frente a nuestro mundo cotidiano.

Al mismo tiempo, esos mismos datos cuantitativos sobre infectados y fallecidos han servido para la administración burocrática de la pandemia realizada por los gobiernos y las grandes empresas farmacéuticas, quienes transformaron al virus y a sus consecuencias en ganancias tanto políticas como económicas. Estas élites no son más que personificaciones de la lógica objetiva de un sistema que ha violentado a la naturaleza hasta reducirla a la forma mercancía —es decir, a un mero objeto—, convirtiendo así a la enfermedad y a la muerte en su negocio.

Es así que en este texto me propongo reflexionar cómo el sistema genera una temporalidad de violencia, destrucción y muerte, y por qué la pandemia ha sido un fenómeno de características políticas y sociales que debiera entenderse como manifestación de dicha temporalidad. Asimismo, deseo señalar que las medidas de carácter biopolítico y tecnológico que el sistema emplea como respuesta, lejos de atacar las causas profundas de la crisis tienden a reforzar a la forma mercancía de las relaciones sociales y a la temporalidad catastrófica inherente a dicha forma. Entonces, cabe preguntarnos si ¿realmente estamos frente a una “nueva normalidad” o simplemente es una continuación exacerbada y más evidente del orden político y social existente?

LA COMPRESIÓN DEL TIEMPO Y LA TIRANÍA DEL *BYTE*

Estamos atrapados en el antagonismo entre la reproducción del sistema de acumulación capitalista y la reproducción de la vida, siendo este antagonismo el dilema más importante de la humanidad, especialmente después de esta crisis pandémica. Esta situación nos recuerda a aquel huracán que arrastra al Ángel de la Historia en la tesis IX de Walter Benjamin (2007: 29) cuyo rostro mira hacia el pasado y observa una sola y única catástrofe que no deja de amontonar ruina tras ruina bajo sus pies.

La pandemia actual nos presagia la emergencia de futuras contingencias en la medida que la lógica destructiva de la naturaleza y el mundo social siga su curso normalizado ahora bajo el título de “nueva normalidad”, la cual evoca imágenes romantizadas de un inexistente pasado donde todo era mejor –o al menos, diferente– y se convierte en un útil velo para volver a ocultar aquello que con descaro desea reclamar su protagonismo: No es el SARS-CoV-2 el responsable de esta crisis humanitaria, sino la lógica de destrucción y muerte sensible al dato cuantitativo de la ganancia y completamente indiferente a la miseria de la vida humana, tan-

to en un sentido existencial como en sus condiciones materiales objetivas, que ya dominaba al mundo desde antes de la pandemia.

Ya no es posible ignorar la violencia de esta temporalidad que el sistema lleva en sus entrañas, donde el tiempo en la identidad con el dinero se presenta con vida propia, como un déspota que marca el paso a una humanidad sometida a la racionalidad de una incesante acumulación de riqueza abstracta y de destrucción de la vida. La violencia de la compresión del tiempo y del espacio es parte de este proceso (Harvey, 1998). El tiempo se muestra como una cosa, y el dinero, como dios universal que rige la vida de las cosas.

La pandemia nos recordó una vez más que quien posee recursos monetarios, tiene mejores oportunidades de hacerle frente a una crisis de escala mundial; también aceleró e intensificó los ritmos de trabajo, pero también del consumo a límites extenuantes e inimaginables. Los hogares de muchas familias se convirtieron en centros de trabajo a distancia y en aulas de educación virtual, pero también en los principales puntos de compra, venta y entrega de productos obtenidos a través del comercio digital. Familias enteras reestructuraron sus dinámicas cotidianas para adaptarse a las nuevas exigencias, donde un mismo espacio del hogar –como la recámara o la sala– era compartido por todos los miembros de la casa para realizar sus actividades simultáneamente o donde la computadora o el celular debían ser turnados.

Lamentablemente no solo se trataba de contar con espacios y dispositivos para conectarse, sino también se trataba de tener la posibilidad de pagar un servicio de internet eficiente además de los servicios básicos con los que todo hogar debería contar tales como luz, agua o gas, los cuales aumentaron considerablemente su tarifa de consumo diario. Pero además de estos recursos con los que era imprescindible contar, se necesitó que desarrolláramos habilidades para las multitareas; por ejemplo, mientras asistíamos a una reunión de trabajo o a alguna clase en línea aprovechábamos para desayunar o comer, pero al mismo tiempo debíamos responder mensajes de grupos de WhatsApp o privados que demandaban respuesta al momento, mientras revisábamos nuestra bandeja de

correo y publicaciones en redes sociales. Al mismo tiempo, seguramente algún miembro de la familia solicitaba alguna consulta o apoyo y algún quehacer del hogar se tenía que realizar. Todo esto en medio del bullicio ocasionado por el recorrido del camión del gas en la colonia anunciado por un coro de ladridos que dificultaban escuchar lo que se decía en las videollamadas.

Esta escena que seguramente para muchos de nosotros nos es muy familiar, ejemplifica la violencia de la compresión del tiempo y del espacio durante el confinamiento por la pandemia y que continuamos reproduciendo ahora en el regreso gradual a la presencialidad: borramos las fronteras entre los tiempos y espacios de trabajo y de descanso; dispersamos nuestra atención y ya no podemos concentrarnos por mucho tiempo en una sola cosa; la hiperconectividad nos mantiene expectantes de las respuestas inmediatas de mensajes y *likes*; la jornada laboral de trabajo remunerado se extendió 24/7 a los 365 días del año mientras que la de trabajo no remunerado se intensificó aún más. Quizá las más beneficiadas de todo esto parecieran ser las empresas quienes lograron lo impensable: un trabajador siempre disponible y productivamente activo incluso cuando está su casa “descansando”.

Se trata de nuevos hábitos disciplinarios que hemos adquirido y que nos someten a la tiranía de una temporalidad secuencial acelerada y simultánea de multitareas, la cual es cada vez más difícil mantener en la medida en que ya no es un solo espacio el que concentra todas las actividades sino que, con el fin del confinamiento, hemos regresado a las espacialidades correspondientes para cada tarea pero aún bajo la tiranía de un tiempo que es más acelerado y ansioso que el tiempo del reloj, pues tiene una fascinación por la inmediatez. Se trata de mecanismos biopolíticos que disciplinan cuerpos y subjetividades incrementando el grado de control, vigilancia y represión. Se trata de un *gobierno de sí*, diría Michel Foucault (2007), que no necesariamente está obedeciendo a la propia voluntad de los individuos sino más bien es un mecanismo de adaptación a la voluntad de los demás, donde se

experimenta un estado de alienación del sentido de la vida y una transformación radical de la convivencia humana.

Este nuevo trabajador postpandémico continúa dominado por una lógica extenuante basada en la demanda de respuestas inmediatas dentro de los flujos comunicativos cotidianos a través de medios virtuales, porque el receptor pareciera estar en permanente espera y exige recibir información constante y actualizada. Lo preocupante es que también los niños y jóvenes –población económicamente no activa– también están asumiendo esta dinámica para su comunicación y entretenimiento en redes sociales, especialmente en plataformas como TikTok. Esta plataforma es un excelente ejemplo de la dominación de esta temporalidad que se ha instaurado con el modo de vida imperante. Ésta ofrece la posibilidad de crear y publicar breves videos con escasos segundos de duración para que sean vistos por millones de personas. En 2022 la empresa declaró que tiene más de 1023 millones de usuarios activos al mes en todo el mundo, existiendo en México 50.5 millones de usuarios de TikTok que pasan un promedio de 23.6 horas al mes (Silverio, 2022). ¡Aproximadamente se ven un billón de videos al día en la plataforma! (Mohsin, 2022). Es abrumadora la cantidad de contenido disponible para ser consumido en escasos segundos, tan rápido como lo permita la vista y el movimiento del dedo para pasar de un video a otro.

Cada vez estamos más lejos de aquella relación con el tiempo basada en los ritmos de la naturaleza. Por ejemplo, E. P. Thompson en *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* nos recuerda cómo los pueblos de pescadores y marineros integraban sus vidas con la naturaleza de las mareas, donde su organización del tiempo social se ajustaba a los ritmos del mar y la compulsión pertenecía a la naturaleza. De manera similar sucedía con las comunidades agrícolas donde se podría trabajar desde el amanecer hasta el anochecer durante los meses de cosecha, pues la naturaleza exigía que se recolectaran todos los granos antes de que comenzaran las tormentas (Thompson, 1984: 245).

La notación del tiempo que surge de estos contextos ha sido descrita como “orientación al quehacer”. Es quizás la orientación más efectiva de las sociedades campesinas, y es importante en las industrias locales pequeñas y domésticas. [...] Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero es que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de lo que es una necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre “trabajo” y “vida”. Las relaciones sociales y el trabajo están entremezclados –la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las necesarias labores– y no existe mayor sentido de conflicto entre trabajo y el “pasar el tiempo”. En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud hacia el trabajo le parece antieconómica y carente de apremio (Thompson, 1984: 245)

Si bien, aunque aún estamos sometidos a la tiranía del reloj perseguida por las fábricas desde principios del siglo XVIII con el auge del capitalismo industrial, esta lógica ha quedado rebasada en tiempos de pandemia y postpandémicos por una dominación mucho más cronometrada por los servidores de datos de internet y se presenta como un sometimiento libre y voluntario a la prolongación exhaustiva de las jornadas laborales en línea estimuladas por la sobreproducción e hiperconsumo acelerado de contenidos digitales durante los momentos aparentemente liberados del trabajo. En otras palabras, pasamos de una sincronización del trabajo con el tiempo de la naturaleza –presente en las sociedades agrícolas o pesqueras–, a un tiempo basado en la contabilidad del reloj –el tiempo de las fábricas–, a uno determinado por la velocidad de los flujos comunicativos e informacionales del Internet y sus bytes. Esta *tiranía del byte* obedece a una temporalidad mucho más ansiosa y totalitaria porque nadie nos obliga a atender pendientes laborales a media noche a través de correos o mensajes de WhatsApp, mientras alternamos la

misma pantalla de nuestros celulares para ver *reels* y *memes* en redes sociales y luego regresamos a dar respuesta a las conversaciones de trabajo; todo esto mientras buscamos alguna película o serie en Netflix como antes para preparar nuestro descanso nocturno, cuidando que el celular esté encendido al lado de la cama.

El tiempo, tanto en la tiranía del reloj como en la del *byte*, es parte de la *forma valor* de las relaciones sociales expuesta por Marx en *El Capital*, y donde dicha expresión tiránica se presenta como antítesis de la autodeterminación social, es decir, como disciplina impuesta e interiorizada. Estamos frente a la categoría de *trabajo abstracto* como característica de esa totalidad y que es clave para aprehender la unidad de lo diverso en el capitalismo en términos de un universal abstracto que somete y subsume lo particular en una homogeneidad violenta (Adorno, 2008). Esto quiere decir que son formas de un tiempo “vaciado de las realidades materiales que constituyen su contenido en la esfera del uso” (Sohn Rethel, 2001: 52) y que no pueden ser entendidas en términos críticos por fuera de ese tipo de abstracción, de ese tiempo vaciado y representado por el signo del dinero.

En este contexto de dominación y totalitarización, emerge un nuevo tipo de trabajador como resultado de estos condicionamientos agudizados por la pandemia. Se trata de un trabajador mucho más precarizado, explotado y violentado por una lógica que lo hace ver como el único responsable de su mal-estar; consumido física y emocionalmente por las demandas del trabajo que nunca se acaban y que han invadido hasta el último resquicio de su privacidad y descanso: su hogar. Se le exige más, trabaja más y se desgasta más pero su salario no necesariamente aumenta.

Hablamos de una clase de trabajador que presenta frecuentes estados de cansancio, ansiedad o de depresión. Por dos años sus únicas distracciones para liberar la presión, estrés y desesperación por el confinamiento fueron las ofrecidas por redes sociales, plataformas de streaming y comercio digital.

Durante la pandemia se dio un importante auge de aplicaciones y servicios de compra y venta de productos con entregas a domicilio cuyas ventas aumentaron, pues se ofrecían a tan solo un *click* de distancia

y con la seguridad de evitar cualquier riesgo de contagio. Por ejemplo, Mercado Libre para comprar una amplia variedad de productos con envíos gratuitos y en menos de 24 horas, Uber Eats para pedir alimentos, Uber como una de las principales aplicaciones para trasladarse de un lugar a otro y CornerShop para hacer las compras del supermercado y tiendas de conveniencia. Ya no es necesario esperar varios minutos a que pase un taxi por la calle, trasladarse a los restaurantes ni visitar tiendas comerciales para elegir algún producto, pues en medio de la contingencia sanitaria nos decían que era peligroso hacerlo.

Un gran número de trabajadores quedaron desempleados a causa de la pandemia; algunos de ellos optaron por convertirse en repartidores o choferes de Uber, cuya oferta de trabajo e ingresos económicos dependerían de la puntuación y reconocimientos otorgados por sus clientes; entre más estrellas obtuvieran, mayor sería la cantidad de viajes asignados por la plataforma. Otro ejemplo de aplicaciones de servicios que comenzó a utilizarse con frecuencia fue Parkimovil, una aplicación mexicana para el pago de estacionamientos a través de la lectura de un código QR desde el celular que permite al usuario evitar las filas de pago en los cajeros electrónicos y tocar superficies que pudieran estar contaminadas por el SARS-CoV-2, incluidas las tarjetas de entrada y salida del estacionamiento. Además, es un excelente ejemplo de aplicaciones que han estado sustituyendo a la fuerza de trabajo humana, pues ya no se necesita a un vigilante de caseta en los estacionamientos ni tampoco en los módulos de pago.

BIOPOLÍTICA Y DIGITALIZACIÓN COMO ARMAS DEL SISTEMA

Durante la pandemia hubo varios momentos pico en las olas de contagios donde las clínicas de salud y hospitales estaban saturadas debido al elevado número de pacientes hospitalizados por COVID-19 y fueron razón suficiente para reforzar las campañas gubernamentales sobre las medidas de prevención de la enfermedad como el

distanciamiento social, el uso de caretas y de mascarillas, la toma obligatoria de temperatura, la aplicación de geles antibacteriales y la sanitización de espacios y superficies. En un principio dichas medidas provocaron extrañeza, incomodidad y hasta cierta resistencia en la población pero luego se asumieron como incuestionables y necesarias y ahora después de un par de años son reproducidas de manera automatizada; por ejemplo, ahora no nos sorprende ver a un bebé con mascarilla en un espacio público, a un conductor portando cubrebocas dentro de su auto y con ventanillas cerradas ni tampoco es extraño que seamos nosotros mismos quienes nos tomemos la temperatura y apliquemos antibacterial en nuestras manos al entrar a una tienda comercial sin que nadie más nos lo pida. Estas acciones han quedado como inercias en nuestros comportamientos y seguramente será difícil desapegarse de ellas.

La pandemia transformó también nuestra cotidianidad, la percepción de la realidad y del *otro* pero también las condiciones materiales de existencia de todo lo que nos rodea. Nos acostumbramos a los controles de vigilancia y a los rostros sin sonrisa cubiertos por una mascarilla, pero también a sentirnos seguros frente a la distancia física del otro. Aprendimos a depender aún más de nuestros celulares y de la conexión a internet para toda comunicación y contacto con los demás y con el mundo exterior, tanto para trabajar como para socializar. Nuestros ojos y espaldas resintieron la violencia de las largas horas sentados diariamente frente a las pantallas, y nuestros cuerpos y mentes están dominados por estas medidas disciplinarias que quizá llegaron para instaurarse como dispositivos biopolíticos de largo plazo para asegurar un mejor control poblacional a través del miedo, legitimadas por el discurso incuestionable de la verdad médica que se convirtió en ideología de dominio.

Estas estrategias disciplinarias del biopoder según Michel Foucault (1999: 298) recurren a las dimensiones del tiempo y del espacio para individualizar los cuerpos, codificarlos mediante la vigilancia y las tareas repetitivas, para volverlos más dóciles. Es así, que este biopoder busca administrar por completo la multiplicidad de la vida, fabricando al individuo para regularlo y controlarlo.

Pero, así como la lógica del tiempo del reloj logró conquistar sus objetivos y decidió avanzar hacia una temporalidad exacerbada por la velocidad infinitesimal de los bytes y por la permanente conectividad, también los dispositivos biopolíticos sobre el cuerpo abrieron paso a tecnologías mucho más sutiles pero efectivas sobre la mente y las emociones. En este sentido es que Byung-Chul Han –filósofo surcoreano que últimamente ha sido muy polémico–, nos habla de un capitalismo de la emoción que además de buscar explotar el cuerpo también lo hace con la psique y las emociones para obtener un control total sobre la vida que aumente la productividad a través de la optimización mental (Han, 2019:; 41-42). Por lo tanto, las distintas formas del biopoder que han operado en los últimos años responden también a la expansión del trabajo abstracto (Postone, 2006).

Para Han, nos enfrentamos a la explotación de todas las prácticas y formas de libertad como la emoción, el juego y la comunicación: creemos que “no somos un sujeto sometido sino un proyecto libre que constantemente se replantea y se reinventa” (Han, 2019: 11). En consecuencia, como individuos hemos perdido soberanía sobre nosotros mismos y hemos sido reducidos a meros datos “a una operación algorítmica que lo domina sin que se perciba” (Geli, 2018). Se trata de un pleno dataísmo, nos dice Han, refiriéndose al gran universo del *Big Data*. Con la pandemia se consolida la biopolítica digital a nivel mundial (Han, 2020a) y el virus se convierte en un espejo que nos muestra el tipo de sociedades que tenemos, es decir, sociedades de la sobrevivencia en las que cada vez estamos más lejos de darle sentido a nuestras vidas más allá de nuestra compulsión por el trabajo y nuestra fascinación por el consumo.

Han se refiere a nuestras sociedades como inhumanas a causa de la histeria por el imperativo de supervivencia, donde se sacrifica voluntariamente todo lo que vale la pena en la vida, como la sociabilidad, el sentimiento de comunidad y la cercanía; sociedades que demuestran que la vulnerabilidad ante la muerte no es democrática, sino que depende del estatus social y de los recursos económicos de los que la población disponga (Han, 2020b).

Lamentablemente, la precarización del trabajador, los mecanismos biopolíticos de control y vigilancia, la fragmentación social y la desvalorización de la vida no son problemáticas causadas por la pandemia por COVID-19 pero si fueron agravadas por ésta, sumando nuevos factores al sistema de exclusión y marginación social para seguir dejando afuera –ahora del nuevo espacio político digital– a los más pobres y violentados de nuestras sociedades, es decir a las mujeres y niñas, convirtiéndolas en las principales víctimas de la brecha digital y de la violencia tanto digital como doméstica.

Cuando hablamos de brecha digital nos estamos refiriendo por una parte a la desigualdad que existe en el acceso a las TIC ya sea por carencia de infraestructura como servicio de internet y dispositivos de conexión o por la escasa calidad o deficiencias en los mismos, y por otra parte, debido a la falta de competencias necesarias para usar estas tecnologías, ya sea porque se desconoce por completo cómo usarlas o porque no se les sabe sacar el máximo provecho. Durante la pandemia se abrió aún más la brecha digital porque gran parte de la población no pudo cambiar su dinámica de trabajo al teletrabajo ni tampoco pudo continuar su educación a distancia. La mayor parte de esa población altamente violentada en México es pobre, rural y femenina. Tan solo “las mujeres y niñas conforman la mayoría de los cerca de 3.7 mil millones de personas sin conexión en el mundo” (Bachelet, 2021) y en México son 17.4 millones de mujeres mayores de 6 años quienes no tienen acceso a Internet.

Durante la pandemia, muchas mujeres no pudieron trasladar a la virtualidad su trabajo debido al tipo de actividad que desempeñaban y que exigía su presencia física, mientras que otras más se vieron obligadas a dedicarse por completo al cuidado de sus familiares enfermos dentro de sus hogares. Según datos de la CEPAL, el 29.4% de las mujeres mexicanas no cuenta con ingresos propios, es decir, 3 de cada 10 mujeres (El Economista, 2022). El hecho de no contar con un ingreso propio le impide a muchas mujeres comprar un celular y/o una computadora, pues tan sólo el costo del teléfono inteligente más económico representa casi el 23% de los ingresos mensuales de una familia pro-

medio (Centro Mexicano Digital, 2022). De acuerdo al estudio *Panorama de la brecha de género en el acceso, asequibilidad y usos de la banda ancha y las competencias digitales en México* elaborado por el Centro Mexicano Digital en 2022, únicamente el 74% de las mujeres son usuarias de teléfonos celulares y solamente el 36% de ellas cuentan con una computadora. Además, el ingreso promedio de una mujer que es jefa de familia es de \$15,134.67, lo que significa que es 13% menor al de los hogares con un hombre como jefe del hogar (Centro Mexicano Digital, 2022).

Estas dificultades para la asequibilidad de los smartphones, aunadas al encarecimiento de estos, han hecho que la opción más viable para adquirirlos sea a través de un crédito o microcrédito en una tienda departamental y ya no a través de los operadores de servicio telefónico como Telcel o AT&T. Esto se debe a que la variedad de opciones crediticias que brindan las tiendas departamentales son más atractivas para las familias mexicanas y a que se venden equipos desbloqueados que pueden utilizarlos con cualquier compañía telefónica. En 2022, los operadores de servicio como AT&T y Telcel reportaron una baja de ventas en smartphones del 12.4% y 11.2%, respectivamente (Saldaña, 2022).

En consecuencia, a esta falta de asequibilidad de un dispositivo con acceso a internet, más de la mitad de las mujeres de nivel socioeconómico bajo aún no son usuarias de Internet y esto se recrudece en la población de mayor edad, especialmente de 66 a 75 años. Tan solo el 21% de las mujeres utilizan internet en el trabajo, generando una brecha de 11 puntos con respecto a los hombres; mientras que la mayoría de las mujeres mayores de 36 años cuentan con menos competencias digitales que los hombres (Centro Mexicano Digital, 2022). En general, los indicadores de la brecha digital de género en México varían entre los diferentes grupos de edad, los niveles socioeconómicos, la distribución urbano-rural de la población y entre las diferentes entidades federativas. Por ejemplo, en Nuevo León hay mucha más brecha digital de género (10.2%) mientras que en Durango es mucho menor (0.7%). En cuanto al tiempo que pasan las mujeres co-

nectadas a Internet diariamente varía también de acuerdo con la entidad federativa, siendo Sonora el estado con mayor tiempo (4.8 horas) y Chiapas con el menor tiempo (1.7 horas) (Centro Mexicano Digital, 2022).

Por otra parte, en cuanto a la violencia doméstica, las mujeres y las niñas fueron las principales víctimas en un 81.6% durante 2020 y en un 92.81% para 2021, según datos de la Subsecretaría de Derechos Humanos, Población y Migración publicados el 19 de agosto de 2021. Es decir, la violencia doméstica aumentó considerablemente en sus diferentes manifestaciones: psicológica, sexual, física, económica y de abandono. Tan solo de marzo de 2020 a julio de 2021 se reportaron 337 033 delitos de violencia familiar y de enero a marzo de 2020 se registró un promedio de 10.6 mujeres asesinadas al día, según afirma el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP) (Arista, 2021).

Así como las mujeres y las niñas son las más violentadas cuando hablamos de brecha digital y de violencia doméstica, cuando consultamos información sobre la violencia digital sucede lo mismo. En 2019 se reportaron 9.4 millones de mujeres mayores de 12 años como víctimas de ciberacoso, siendo la población más vulnerable aquellas mujeres que tienen entre 20 y 29 años de edad con un 36.4% frente a un 27.2% de hombres en el mismo rango de edad (INEGI, 2020). Lamentablemente esta situación de alta vulnerabilidad de las mujeres y niñas no cambia frente a otras manifestaciones de la violencia digital como el grooming, phishing o la sextorsión.

Todos estos datos estadísticos dejan de ser información cuantitativa aislada que se cierra sobre sí misma si los leemos e interpretamos a la luz de una comprensión sobre la compleja temporalidad dominante cuyas manifestaciones de violencia concreta no son cuestiones aisladas sino síntomas de un sistema incapaz de asegurar las condiciones necesarias de reproducción de la vida –tanto social como natural– y de garantizar en ese proceso el bienestar de todas y de todos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las acciones de los estados frente a los desafíos sanitarios planteados por la pandemia del COVID-19 ha sido coherente con la lógica del sistema, cuyo centro es la acumulación de capital y la reproducción-expansión del dominio del trabajo abstracto en la reproducción de la vida social. La coyuntura ha creado condiciones para una mayor incorporación de dispositivos biopolíticos y tecnológicos en nuestra vida cotidiana, los cuales se presentan como herramientas científicas y neutrales para enfrentar el problema social y sanitario de la pandemia, pero que son herramientas de poder que tienden a reforzar la dominación y a fortalecer la percepción fetichista de la realidad social.

En ese sentido, la respuesta general del capital y el Estado como *forma* de las relaciones sociales del capital (Holloway, 2002) ante la crisis sanitaria ha sido desplegar medidas de reforzamiento de la tendencia objetiva de totalización de la vida social bajo el dominio del capital, reproduciendo en escala ampliada la temporalidad de muerte y catástrofe que este sistema genera. Queda claro, desde esta perspectiva, que la crisis sanitaria es parte de una crisis más profunda, de carácter sistémico, donde está en riesgo la sobrevivencia de la humanidad misma.

Estamos frente a sociedades cada vez más tecnologizadas, digitalizadas y violentas cuyo reto ahora es rechazar y romper con esa temporalidad de muerte y destrucción, denunciando y no normalizando los efectos exacerbados por la pandemia ahora bajo el título de “nueva normalidad”. Es decir, debemos de dejar de normalizar la explotación, la desigualdad y la pobreza para comenzar a normalizar la inclusión, la igualdad de oportunidades y la empatía. En nuestras manos está el poder construir una nueva normalidad libre de violencia que beneficie a todos y a todas y que priorice atender a los grupos más necesitados, vulnerabilizados e invisibilizados de nuestras sociedades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arista, L. (15 de septiembre de 2021). “En pandemia, sube violencia contra mujeres pero en 2022 no habrá más presupuesto”. *Expansión política*. <https://politica.expansion.mx/mexico/2021/09/15/en-pandemia-suba-violencia-contra-mujeres-pero-en-2022-no-habra-mas-presupuesto>
- Adorno, T. (2008). *Dialéctica negativa*. Akal.
- Bachelet, M. (27 de septiembre de 2021). “Declaración por la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos”. *United nations*. <https://www.ohchr.org/es/statements/2021/09/annual-discussion-integration-gender-perspective-throughout-work-human-rights>
- Benjamin, W. (2007). *Sobre el concepto de historia. Tesis y fragmentos*. Piedras de Papel.
- Centro Mexicano Digital (2022). *Panorama de la brecha de género en el acceso, asequibilidad y usos de la banda ancha y las competencias digitales en México*. <https://centromexico.digital/reporte-de-genero.pdf>
- El Economista (30 de octubre de 2022). “3 de cada 10 mujeres en México no perciben ingresos propios”. <https://www.eleconomista.com.mx/economia/3-de-cada-10-mujeres-en-Mexico-no-perciben-ingresos-propios-20221030-0002.html>
- Foucault, M. (1999). *Estrategias de poder*. Vol. II. Paidós.
- Foucault, M. (2007). *El nacimiento de la biopolítica*. FCE.
- Geli, C. (7 de febrero de 2018). “Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose”. *El país*. https://elpais.com/cultura/2018/02/07/actualidad/1517989873_086219.html
- Han, B.C. (2019). *Psicopolítica*. Herder.
- Han, B.C. (22 de marzo de 2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín. *El País*. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- Han, B.C. (17 de mayo de 2020). “9 definiciones sobre la pandemia de Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que seduce al mundo”. *Infobae*. <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/05/17/9->

- definiciones-sobre-la-pandemia-de-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-seduca-al-mundo/
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu Editores.
- Holloway, J. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Ediciones Heramienta/BUAP.
- INEGI (abril 2020). *Módulo sobre Ciberacoso MOCIBA 2019*. INEGI. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/mociba/2019/doc/mociba2019_resultados.pdf
- Mohsin, M. (3 de abril de 2022). “10 estadísticas de TikTok que debes conocer en 2021” [Infografía]. *Oberlo*. <https://www.oberlo.com.mx/blog/estadisticas-tiktok>
- Marx, K. (2021). *El capital*. Tomo I/Vol. I. FCE.
- Postone, M. (2006). *Tiempo, trabajo y dominación social. Una reinterpretación de la teoría crítica de Marx*. Marcial Pons.
- Saldaña, S. (28 de noviembre de 2022). “Los mexicanos están dejando de comprar smartphones con Telcel y AT&T: cada vez los compran más en tiendas departamentales, según The CIU”. *Xataka México*. <https://www.xataka.com.mx/celulares-y-smartphones/mexicanos-estan-dejando-comprar-smartphones-telcel-at-t-cada-vez-compran-tiendas-departamentales-the-ciu>
- Silverio, M. (20 de julio de 2022). “Estadísticas de TikTok 2022”. *PrimeWeb*. <https://www.primeweb.com.mx/tiktok-estadisticas>.
- Sohn Rethel, A. (2001). *Trabajo manual y trabajo intelectual*. El Viejo Topo.
- Suárez, V. et al. (30 de abril de 2020). “Epidemiología de COVID-19 en México: del 27 de febrero al 30 de abril de 2020” [Epidemiology of COVID-19 in Mexico: from the 27th of February to the 30th of April 2020]. *National Library of Medicine*. <https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7250750/>
- Subsecretaría de Derechos Humanos, Población y Migración (19 de agosto de 2021). *Impacto de la pandemia en niñas y niños*. Secretaría de Gobernación. <https://www.gob.mx/presidencia/documentos/impacto-de-la-pandemia-en-ninas-y-ninos>
- Thompson, E. P. (1984). *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Editorial Crítica.